

Primavera

El sol abrilero
como una delicia
de Capua, nos manda
la suave caricia
de su calorcillo
vivaz y sedante:
la Naturaleza
recibe a su amante.

* * *

Zumban los insectos
sobre las corolas,
construyen los pájaros
cómodas chavolas;
saltan los gazapos,
y por entre guijas
huyen las cobardes,
listas lagartijas.

* * *

Un rojo cerdito
de cobre bruñido
inmóvil dormita,
cuan largo, tendido;

las brevas apuntan
sus tallas gigantes,
y los arroyuelos
cantan rebosantes.

* * *

No hay nubes, ni sombras
azul es el cielo,
por él las cigüeñas
remontan su vuelo;
estallan las yemas,
reventan botones
y llora la savia
gruesos lagrimones.

* * *

¡Oh, paz y dulzura!
¿Dónde las riquezas,
negocios, honores,
cargos y proezas?
¡Todo, todo a cambio
de una placentera
tarde rumorosa
de la primavera!

EUGENIO PAYO

EVOCACIONES BIBLICAS

LA HISTORIA DE HERODIAS Y SAN JUAN

Por MANUEL TERRON ALBARRAN

I

DESIERTOS de Ziph, de Maón y de Tehcué; tierra seca y áspera como un eremita, montes abruptos, peñascos torvos y gesticulantes como buitres milenarios, escarpas bravías; sicomoros, encinas raídas, matas de sidra de garfios de hierro que rasguñan la carne flaca de los anacoretas; tierra dura, ascética, fiera, lacerante...

Allí vivía Juan, el hijo de Zacarías y de Isabel, y se fortalecía y preparaba su misión de Precursor...

Una mañana del mes de Ijar, cuando las zarzamoras florecen y el lirio de los valles abre su cáliz como una rosa litúrgica, Juan bajó a un hontanar que dormía su linfa secular, limpia, remansada, entre las raíces desnudas de un viejo cabrahigo. Juan estuvo contemplándola, y sintió como una delicia de niño al verla tan quietecita, tan virgen; tuvo miedo de turbar su sueño azul. Y sentía llegar a sus oídos, foscos y huraños, aquel sollozo de cristal sobre las piedras, aquel desmayo sonoro en su callada soledad. Se acercó, y bebió del agua primitiva comunicada de hondo sosiego, penetrada de claridad de luz y silencio de remansos. Y sintió como si un chorro de plata le calase finamente, profundamente. Y le llegaba la palpitación fría de las hojas del cabrahigo que hacían de los más puros bernecales...

Luego, cuando volvió a remansar, vió sobre el azul, su rostro, su cuerpo, su figura. Y se acercó más a ella. Y contempló su carne seca como un pergamino crujiente, sus fauces hundidas, su barba y su cabellera hirsuta, negra, de una dureza de esparto. Y habló, y su voz era cavernosa, profunda, como si saliera del hueco de una caracola.

Miraba las raíces de la higuera bravía retorcidas espantosamente como brazos de pulpos milenarios. Aquellas raíces le daban toda su fortaleza. También él parecía una vieja raíz. Con el puño cerrado se golpeó el pecho y resonó todo él como un eco cóncavo y profundo. Miró al cielo; sí, él estaba fuerte, como aquellas raíces que chupaban el jugo de la tierra, a él le venía la savia de la gracia. Pronto empezaría su misión.

... Y tornó a la montaña. Vestía una faja de piel de camello raída, desollada. Comía langostas. La langosta terrosa del desierto, de élitros abiertos como abanicos de cristales irisados, de músculos duros, de sierra de zancas; dice el Libro Eclesiástico que Yavhé «como turbiones de aves hace volar la nieve que se posa en la tierra como la langosta». La miel virgen y pura, la miel silvestre endulzaba sus

fauces reseca. Juan era allí como un águila real en su nido. Oteaba los territorios donde él llevaría su palabra. Desde allí el Mar Muerto y el Jordán lleno de frescura idílica; Jericó evocadora de epopeyas; el Monte Nebo, en cuya altura murió Moisés mientras sus ojos atalayaban la Tierra Prometida; Engaddi con sus viñedos perfumados de alheñas; Moab, Idumea, la tierra ardiente del Negeb; Hebrón, Betlhem, Jerusalem, las colinas de Samaría...

Y fué llegado el tiempo de cumplirse la palabra de Isaías «abrid el camino a Yavhé en el desierto, allanad en la soledad el camino de vuestro Dios. Que se rellenen todos los valles, y se rebajen todos los montes y collados; que se allanen las cuestas y se nivelen los declives. Porque se va a mostrar la gloria de Yavhé, y la verá toda carne a una»...

Y Juan bajó de la altura de las cumbres. Sus pies hollaban dunas y pedregales, y su mirada se hundía en la tierra por conquistar. Las riberas del Jordán oyeron su palabra. Las gentes acudían a él. Aquel hombre semejava un aparecido. Y su voz era dura, áspera, resonaba tremenda como aldabonazos de siglos remotos. Y decía: Arrepentíos, porque se ha avvicinado el reino de los cielos. El que tiene dos túnicas, dé una al que no la tiene y el que tiene alimentos haga lo mismo...

Llegaban a él los fariseos y escribas. Fariseos descendientes de Sickem, el que violó a Dina, la hija de Jacob y fué muerto junto con sus hombres por Simeón y Leví, cuando padecían los dolores de haber sido circuncidados. Los que aplastan sus cráneos como langostas, y caminan desgarrados, y sellan las paredes con cuajarones de sangre, de siluetas de manos infernales, endemoniadas, y se regocijan de su sacrificio para no mirar a las mujeres... Y les decía: Raza de víboras ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que llega? Haced pues dignos frutos de penitencia, y no vengáis diciéndoos: tenemos por padre a Abraham. Porque yo os digo que puede Dios sacar de estas piedras hijos a Abraham. Ya el hacha está puesta a la raíz del árbol; todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego...

II

Un esclavo griego joven y hermoso como una escultura de Fidias, arrojó sobre uno de los pebeteros, grumos de incienso, mientras recitaba con énfasis el Himno Orfíco del Perfume de Helios: «¡Oyeme; Bienaventurado que ves eternamente todas las cosas, Titán resplandeciente de oro, Hiperion, luz uránica, fuerza natural, espejo infatigable y dulce de los vivos, engendrando a derechas la mañana y a izquierdas la noche; moderador de los tiempos, que conduces cuatro caballos de cascos sonoros, que te precipitas, estridente, ígneo, con una faz clara, y recorres tu camino entre los torbellinos de un movimiento sin fin!...»

Herodías aspiró su fragancia y se recostó sobre uno de los lechos del triclinio. Venía del baño resplandeciente, alba, como una luna, como un alabastro glorioso. Las esclavas habían ungido sus cabe-

llos con la Spumma Batava, la tintura que los hacía esplender como hebras encendidas.

Delante se abría el perystilum sobre cuatro columnas de mármol de jaspes. Florecían los tirso de rosas, pálidas como cielo de amanecer; vibraban los mirtos de trémolos de pájaros; los lirios, los monolitos bronceados de los cipreses, las sierpes de hiedras... y de una fuente caía un chorro sonoro como un rosario de joyas enhebradas...

Herodías se entregó al placer de los manjares. Y sus ojos se perdían en una bruma ignorada, dulce... De pronto la casa se llenó de pasos, unos pasos firmes, recios. Sobre la puerta del tablinum apareció un hombre vestido ricamente: Antipas.

No había conseguido Herodes Antipas pese a sus esfuerzos al lado de Augusto ser heredero total del trono de su padre. Su hermano Arquelao, etnarca de Judea, Idumea y Samaría había sido destituido y desterrado a Vienna. Ahora Antipas seguía de tetrarca de Galilea y Perea. Halló más gracia a los ojos de Tiberio que a los de Augusto y era su informador secreto. Casó con la hija de Aretas, rey de los nabateos. Herodías estaba casada con Filippo. Su padre fué Aristóbulo, hijo de Herodes el Grande que había sido asesinado por el mismo Herodes. Sin embargo Herodías amaba a Antipas. Y el momento llegó...

Antipas sostenía en su mano derecha una copa de ágata tallada y sobre ella escanció un esclavo, vino de Campania, oloroso y transparente. Herodías le ofreció un plato de carne de onagro con varias gotas de «garum», aquella salsa romana, fermento de entrañas de peces, que preparaban exquisitamente los industriales de Pompeya. Antipas habló:

—El Emperador Tiberio me ha recibido ya. Todo está decidido. Nos iremos juntos cuanto antes...

—¿Adónde?

—A mis tierras. Viviremos junto al mar. En la fortaleza de Mackeronte. Sus habitaciones son suntuosas como un palacio. Desde sus torres se ven muchos territorios. Al lado está el desierto. De día se ven las águilas sobre las aguas; por la noche se oye el fragor lejano del mar, los latidos pavorosos de los chacales que parecen heraldos de la muerte, del tedio... Pero de una cosa, de una sola cosa temo... de un hombre flaco que recorre la Galilea, la Judea como un perro hambriento... Sin embargo las gentes acuden a él y sus palabras parecen dardos iracundos...

La voz de Antipas fué hundiéndose pensativa, siniestra, como si vislumbrara su mismo sepulcro. Y cuando Herodías le preguntó quién era, resonó sobre el espacio una palabra exacta, justa, precisa, que tembló unos instantes como un golpe de tambor: Juan el Bautista.

Todos los súbditos de Antipas lo criticaban. Mientras tanto el lujo de aquella mujer, las fiestas y los banquetes se enseñoreaban bajo los recios muros de Mackeronte.

Era una mañana clara, luminosa, ceñida por el vuelo azul de una comba infinita. Las brumas bogaban por el Mar Muerto, y el sol iba rasgando sus gasas con cuchilladas de oro. Y luego las fundía, las doblegaba. La vista se perdía en un aire denso y salino. A oriente sobre dunas y pedregales emergían los riscos negros de Moab. Las murallas de Mackeronte recibían el beso de paz de la mañana, la gloria dorada del sol, y se iban patinando de colores nuevos. De sus grietas surgían las plantas bravías como reptiles trepadores. Una garza se llenaba de sol, y abría el espacio con la lanza azulada de su cuello. Apoyado en la pared Herodes Antipas miraba el horizonte...

Por las escaleras subió Herodías. Traía el rostro desencajado, livido. Y dentro se retorció su rencor como una sierpe ponzoñosa. Juan el Bautista osó subir a la fortaleza y había condenado su vida, de su boca salieron imprecaciones que mordían como fieras enloquecidas; y pedía a Antipas que lo prendiera. El tetrarca avanzó decidido... después se paró, retrocedió, tuvo miedo. Toda la persona del Bautista, toda su vida, todos sus gestos eran superstición para él. Por el camino que trepa a Mackeronte vieron alejarse al Bautista con sus discípulos...

Las imprecaciones de aquel hombre, temible para Herodías, resonaban sobre las bóvedas de la fortaleza. Llegó a decirlo cara a cara con Antipas. Pero Herodes Antipas era cobarde y no se atrevía a tocar su vida.

Y llegó el momento en que fué prendido por orden del tetrarca. Y fué encerrado en las cárceles oscuras del Mackeronte...

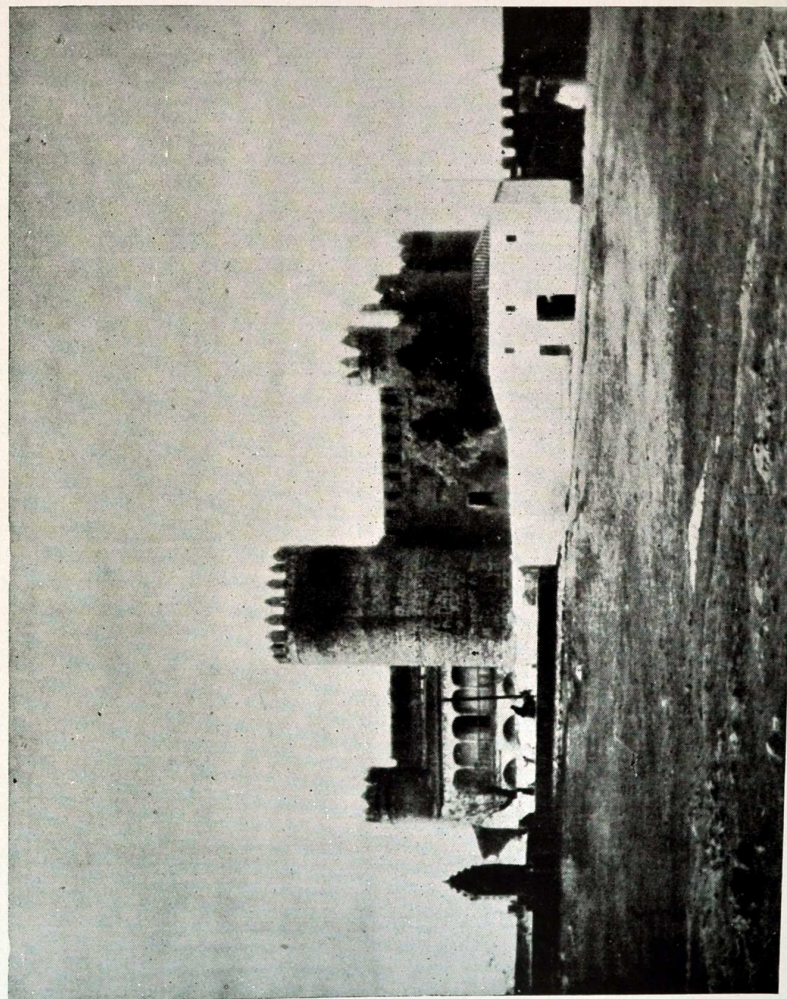
... Una noche la corva espada de un verdugo segó su cabeza. Y su última palabra quedó zozobrante sobre los muros como las alas de un siniestro vampiro que presagiara un augurio fúnebre, sombrío, infernal...

III

La luna se irguió sobre las cumbres del Capitolio, solitaria y celeste como una vestal. Los templos de Júpiter y de Juno, destacaban a contraluz sus moles sombrías. Roma descansaba al claro de luna que iba tendiendo espadas de luz sobre la corriente dormida del Tiber, y cuando el viento soplaba, se hacía opaca, difusa, como una vía láctea sobre un cielo mojado.

Detrás se veían los promontorios de rocas, en cuyas profundas cavernas se hallaban las mazmorras pestilentes del Tendullium, la oscura prisión torva, siniestra, hedionda, como suelos de muldares abandonados.

Otras muchas cárceles había pisado Agrippa I, en su vida errabunda, loca. Sin embargo ahora se hallaba en pleno poderío. Varios esclavos alumbraban su paso por las tabernas. Pasaron por el barrio de Subura, barrio bajo y plebeyo hacinado de tiendas, de talleres. Más allá se erguía el Esquilino, oscuro y diabólico. Porque era sitio de sortilegios y encantamientos. Y se dice que una noche dos viejas terribles, nauseabundas como dos hienas cavaron la tierra astillándose las uñas, llenas de sangre, y se mezclaron con las serpientes, y



ALBUM EXTREMEÑO: Castillo de Zafrá

un espantajo las hizo huir. Y corrían ahuyentadas, y sus gritos parecían salir de gatos desollados, lúgubres, pavorosos, desgarrantes.

Agrippa I había conseguido triunfar. Su amigo Cayo Calígula fué elegido emperador después de la muerte de Tiberio. Cayo Calígula, el hombre loco que comía en las cuadras junto a sus caballos, y una vez quiso hacer cónsul a su corcel favorito; el hombre que gozaba por las noches viendo las segures de los verdugos hender las gargantas de los ajusticiados. Agrippa I por orden del Emperador fué nombrado rey de todos los territorios de Palestina, en lindes con los de Herodes Antipas.

Y Herodías se sintió humillada. Antipas había sido derrotado por Aretas IV, su primer suegro. Las fuerzas enviadas para socorrerle no llegaron a tiempo; el legado romano de Siria, Vitelio, no acudió, para vengarse de sus antiguas afrentas. Y Herodías y Antipas veían como una sombra maléfica en derredor suyo, y parecía resonar en sus conciencias la voz de Juan el Bautista como en las cóncavas paredes de Mackeronte...

El Tetrarca de Galilea marchó a Roma. Allí no supo explicar la calumnia que se le imputaba. Y fué desterrado a las Galias.

Herodías rasgó su túnica sollozando. Y odiaron a Calígula, a Agrippa, a Roma...

... Y una mañana de invierno, que se hería con las blancas espadas de la nieve, Herodías cayó en un pozo helado. Las astillas del hielo abrieron su garganta como puñales, y su sangre, apagó el frío de las agujas de cristal. Y en su agonía vió pasar por la sombra vídriosa de sus ojos la cabeza moribunda del Bautista con una daga sobre el cuello.

Se había cumplido el juicio de Dios.

Badajoz, Enero de 1950.

IDEARIO EXTREMEÑO

Que no hay región remota que no alcanza,—dulce rapaz tu suave tiranía.—Nadie de amor evita la asechanza,—por remedios que opongá a su porfía.—Vive desiertos, huye las ciudades;—que amor te buscará en las soledades.

¡Oh inconsciencia vil y deleznable—del teatro del mundo y ser humano,—más que las ondas de la mar instable,—mudable más que el viento y polvo vano!—Nada conserva el ser, todo es variable,—indicios del imperio soberano,—si árbitro de variar la suerte a todo —principio universal del mismo modo.

VICENTE GARCIA DE LA HUERTA